

Supongo que sería equívoco incluir esta obra en el género “memorias”, porque ellas casi siempre importan una justificación ante la posteridad. Pero éstas son memorias de infancia y de juventud, en las que nada hay que justificar. Son vivencias, justas o injustas, obviamente subjetivas, pero auténticas. De ahí su valor y su interés.

Un hallazgo adicional del autor es el título *Geografía de la infancia*, pues una y otra tienen altos y bajos, escarpas y riberas, como —citando a Sara (p. 110)—: “[...] la llanura sin fin, del cielo inmenso, el olor a campo, a pasto, el viento... todo eso. Vos lo entendés”. Este comentarista también.

CÉSAR A. GARCÍA BELSUNCE

GABRIELA CARETTA e ISABEL ZACCA (COMPS.), *Para una historia de la Iglesia. Itinerarios y estudios de caso*, Salta, Universidad Nacional de Salta (CEPIHA), 2008, 408 pp.

En la historia de la Iglesia argentina, se ha producido en los últimos años una verdadera eclosión cuyas derivaciones todavía resultaría prematuro predecir. Existen áreas más consolidadas, que pueden ser delimitadas según los períodos que abordan, como las que se concentran en el temprano siglo XIX, y otras que lo están mucho menos. El libro que reseñamos refleja claramente esta diversidad no sólo de temas y preocupaciones, sino además de maduración historiográfica.

Los trabajos que aquí se reúnen componen un mosaico muy variado donde quizás habría sólo un único elemento en común: el afán por escribir una historia de la Iglesia despojada de los prejuicios ideológicos que no mucho tiempo atrás era frecuente encontrar en esta área de estudios. Era común que la historia de la Iglesia constituyera una prenda en disputa. Empeñada por debates ideológicos, era muy difícil que lograra consolidarse. Este libro demuestra que esta etapa de debate encarnizado está finalmente —y afortunadamente— quedando atrás.

No queda claro sin embargo cuáles serán los nuevos rumbos que a partir de aquí habrán de seguirse y qué características específicas y diferentes reviste la “nueva” historia de la Iglesia a la que en este libro se refiere. Se ofrece un variopinto mosaico de trabajos en los que se exploran alternativamente distintas líneas de investigación. Entre ellas, la religiosidad popular, los estudios de género, los estudios culturales, la historia política. No obstante, las compiladoras no jerarquizan cuál de ellas es la que creen más fructífera a los fines de alcanzar una comprensión más cabal de la historia del catolicismo argentino. Si es cierto que a partir de la década de 1980 se abrió un abanico insospechado de posibilidades en este campo de estudios, restaría definir más precisamente los criterios metodológicos con los que las compiladoras trabajan,

puesto que la obra comprende un espectro de alternativas demasiado amplio que se presenta sin jerarquizar, así como lo es el arco temporal en el que se concentran. En el libro se pasa en pocas páginas del período colonial a los prolegómenos del Concilio Vaticano II. Son precisamente estos saltos los que le restan consistencia al libro, puesto que no queda claro con qué criterios interpretativos y según qué líneas argumentativas se ordenan las diferentes piezas del mosaico.

Con todo, quizás donde haya más cohesión sea en los trabajos que se concentran en estudiar los vínculos entre Iglesia y política, una de las áreas más sedimentadas de discusión y debate en este campo. En efecto, esta cuestión prevaleció durante años entre los historiadores. Más específicamente, se ha tendido a indagar la relación entre el clero y la política; los problemas jurisdiccionales en la relación entre la Iglesia y el Estado atendiendo a las múltiples acepciones que podamos darle a cada uno de estos conceptos según la coyuntura histórica de la que se trate; el integrismo católico y sus consecuencias sociales y políticas en la historia argentina del siglo XX y la autonomía o no del laicado con respecto a la autoridad eclesiástica —una de las preocupaciones más “jóvenes” entre la más reciente historia de la Iglesia—.

En lo que atañe a los siglos XVIII y XIX, y al proceso que lleva de las reformas borbónicas a la crisis de la independencia, el abordaje de los vínculos entre religión y política se encuentra fuertemente anclado en la así llamada “nueva historia política”, entre cuyos principales referentes se cuentan Tulio Halperín Donghi, José Carlos Chiaramonte, Hilda Sabato y Marcela Ternavasio. De allí que en los trabajos de Roberto Di Stefano, María Elena Barral, Valentina Ayrolo, Nancy Calvo, Oriana Pelagatti e Ignacio Martínez esté presente la preocupación por la relación entre la Iglesia —o lo que puede entenderse por tal, según los diferentes contextos— y el incipiente Estado en formación. No es lo mismo la Iglesia en la campaña que en la ciudad, o en Buenos Aires que en las provincias; ni tampoco lo es antes y después de 1810, o antes y después de la reforma eclesiástica rivadaviana. Ni los recintos sagrados ni la sociedad en su conjunto pudieron permanecer indiferentes ante los profundos trastornos provocados por la guerra y la revolución.

Pero a medida que nos adentramos en el siglo XX, puede advertirse que el sesgo se vuelve diferente. La focalización de la relación entre la religión y la política se deriva aquí de la preocupación por comprender si la Iglesia fue o no capaz de acompañar la formación de la Argentina moderna, y si fue o no cómplice de las experiencias políticas más extremas del siglo XX. En el fondo, lo que está en juego es la preocupación por dar cuenta del papel político desempeñado por la Iglesia en la Argentina en el tránsito del siglo XIX al XX, el surgimiento del integrismo católico y la estrecha relación que la Iglesia pudo haber tenido en las experiencias más dramáticas de la historia argentina en el último siglo. Con un fuerte compromiso con los valores democráticos, esta nueva historiografía tendió a identificar a la Iglesia como un actor político de peso que habría jugado un

papel no menor en la ruptura de la institucionalidad republicana. En este sentido, se cuentan por ejemplo los trabajos de Claudia Touris, María Mercedes Tenti, Lucía Santos Lepera, Jessica Blanco y los de las compiladoras de este libro.

No hay dudas de que estudiar el catolicismo en espejo con los procesos políticos de largo plazo es una tarea no sólo importante sino además necesaria en la historiografía. Sin embargo, ello puede opacar otros aspectos que no son menos importantes. La construcción de la Argentina y de la Iglesia modernas involucró no sólo al Estado y a la propia institución eclesiástica, sino además a una sociedad que estaba también en proceso de modernización y que fue también un actor relevante de la historia de la Iglesia en la Argentina, tanto en el siglo XIX como en buena parte del siglo XX. Sin embargo, este libro se concentra más en la Iglesia, el Estado y la política, antes que en los actores sociales. Lo que se quiere sugerir es que quizá los cambios que se perciben en el seno de la Iglesia respondan a dinámicas sociales más profundas que atraviesan no sólo a la Iglesia, sino también, y en un sentido amplio, a la sociedad toda.

Así, por ejemplo, si las formas de participación política del clero cambiaron a lo largo del tiempo, quizá sea porque también cambiaron a lo largo del tiempo las formas de hacer política en general, así como también las prácticas políticas, las formas de movilización, los discursos y la cultura política. Algo parecido cabe decir asimismo en relación con el integrismo católico en la Argentina. Fue en muchos sentidos un producto de su época, y contó con un sinnúmero de adeptos, no sólo entre los católicos más militantes, sino en amplios sectores de la sociedad. Visto a la distancia, ello pueda resultarnos quizás un tanto difícil de entender, pero no debería resultarnos incomprensible. Que tanta gente asistiera al XXXII Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Buenos Aires en 1934 no se puede explicar sólo por una decisión política tomada por las autoridades eclesiásticas, en connivencia con los gobiernos de turno o el poder militar.

Para concluir, pues, la historia de la Iglesia está en un momento incipiente. Como en toda eclosión, se abre ante nuestros ojos un vasto abanico de inquietudes, interrogantes, líneas de investigación y proyectos en curso que se encuentran en diferentes estadios de maduración: algunos recién empiezan a dar sus frutos, otros se encuentran ya más consolidados. No hay dudas de que el abanico es estimulante puesto que esta efervescencia permite el crecimiento del campo disciplinar, así como también su pluralismo. No obstante, y tal como refleja este libro, estamos todavía muy lejos de ingresar en una etapa de sedimentación de esta área de estudios, en la que se espera que cada uno de estos proyectos y líneas de investigación decanten para dar por fruto resultados más consolidados historiográficamente. Esta es la etapa que todos anhelamos ver en el futuro.